

## El prólogo de Elizondo

En una radiodifusora especializada en rock profundo, lo saludan a usted así: “Desde la capital mundial de la esquizofrenia, emitiendo para usted, etcétera, etcétera”.

Creo que todos estamos de acuerdo en que, de los pocos refugios que no nos han podido arrancar gobernantes y sismos, es el del sentido del humor; que sin él, sería asaz complicado seguir adelante, por una parte, y por la otra, el saludo da en el blanco. Ahora que si ya lo admitimos abierta, masivamente -el asunto de la perturbación síquica metropolitana-, y no sólo, sino que lo propalamos, se deduce que ya se vale todo. Y si, en efecto, ya se vale todo, como nos lo demostró Su Alteza, nada serenísima, Kaiser de todas las Ediciones -que no de las letras-. Guillermo Rousset Banda, cuando nos respondió “qué miedo se me caen los calzones”, a nuestro tímido reproche por los ataques que profiere reiteradamente en contra la poesía del tercero de los Enriques, es urgente agregar, al refugio del mexicano del sentido del humor, aunque éste no sea negro, ni inglés, el de la estética.

Iluminaría nuestra ciudad grandota y agrietada, el mismo hormiguero pero de gente hermosa, no necesariamente de ojo azul y piel dorada. Solamente digna y estética. Y la imagen fulminante que nos produjo la ingeniosa respuesta de don Guillermo, despojado de sus prendas masculinas, e indiferente -no sólo a nosotros que siempre queremos aprender- sino también a los adornos y a los buenos oficios de su sastre, es lamentable, antiestética y estragadora.

Acudiríamos, en cambio, encantados, a la conferencia que don Guillermo dictara sobre poesía, especialmente si en su tema discierne las poderosas razones que se oponen a que un poeta escriba poesía, y que de acuerdo con su infalible opinión, consisten en ser hijo y nietos de poetas; acudiríamos, encantados, si a su conferencia estuviera invitado el poeta no aludido, sino agredido por él, dándole oportunidad de decir esta boca es mía. Acudiríamos, encantados, si el conferenciante promete comportarse, de principio a fin, como caballero, o cuando menos vestido. Mientras esto sucede, permítasenos reproducir una parte del prólogo al libro Los tres Enriques, del señor Salvador Elizondo:

“Contienen ya resumen las páginas de este breve libro los mejores ejemplos de una obra en la que con insospechada armonía se acuerdan

las voces de tres generaciones de poetas que entonaron o entonan, como el vaticinio del mayor de ellos, una misma canción. Sus diversas concepciones de la poesía ilustran algunos de los momentos más intensos y más característicos del desarrollo de la poesía mexicana del presente siglo.

Toco a Enrique González Martínez cumplir una doble tarea de enorme importancia en su momento: en primer lugar poner un fin cruento a la frivolidad y a la “elocuencia” del modernismo; en segundo lugar, enseñar la poesía francesa de simbolistas y parnasianos a Ramón López Velarde y a algunos de los jóvenes que más tarde formarían el grupo de “Contemporáneos”. En ambas tuvo éxito y de ellas derivaron las dos grandes tendencias de la poesía mexicana actual: la de las ideas y la de las imágenes. Vislumbramos ya -en las páginas de la revista Pegaso, 1917, de la que era jefe de la sección “Problemas de Ajedrez”-- la inquietud intelectualista y purista’ de Enrique González Rojo. La admonición paterna que clamaba por una mayor profundidad de la poesía fue pospuesta en sus primeros libros en favor de las virtudes más inmediatas de la técnica poética: la agudeza verbal o la nitidez de la imagen. Su vida no fue corta si se la juzga por el número de intentos y de intentos logrados. Es el único poeta culto que ha conseguido hacer algo digno con la poesía popular de la forma “corrido” en su Romance de José Conde, el poema más bello --tal vez porque es el único verdadero- que se ha escrito acerca de la Revolución de 1910. Rescató también para nosotros en poemas de exquisita tersura un género en cuyos repulidos mármoles rayó sus iniciales Goethe las Elegías Romanas y fue, en la pléyade de los Contemporáneos el único en tratar el tema que según Valéry, es el más difícil de toda la poesía: el de la luz. De sus últimos poemas publicados después de su muerte se diría que fue, con Jorge Cuesta, quien siguió con más rigor la preceptiva del autor de El cementerio marino, heredada de Mallarmé: la poesía no es ni profunda ni superficial; la misión del poeta es la de hacer más pura el habla de la tribu; la poesía sólo puede ser pura.

Tocaría al hijo de este poeta, Enrique González Rojo Arthur, mi primo y mi primer maestro de literatura española, rescatar en un estilo discursivo lleno de humor y de lúcido ingenio la lección filosófica del hombre del búho”. Confluyen en su obra desde la época en que publicó su 'primer libro Luz y silencio, 1947, las tendencias características que animaron la de su abuelo y la de su padre, pero refinadas y puestas al día, confundidas y entrelazadas en una trama orgánica de imágenes a la vez consecuentes

y fantásticas. Se puede decir que a la sabiduría y a la sensibilidad él aporta la imaginación". "Hoy hay fiesta en mi pecho -dice Enrique González Rojo Arthur. Premio Xavier Villaurrutia 1976-. Se invita a los adultos que gustan del deporte de la pesca".

**Multilibros, Excelsior, Francisco Zendejas.**

**1985.**